

CHEVALIER AUGUSTE DUPIN Y
LA CARTA ROBADA

BASADO EN LA OBRA ORIGINAL DE EDGAR ALLAN POE



Adaptación
Rosa Moya

Ilustraciones
Roger Ulms

¿Cuál es la clave para resolver un misterio? ¿Dónde hay que buscar un objeto que alguien ha escondido para que nadie lo encuentre? ¿Por qué los policías a menudo no consiguen dar con la respuesta? ¿Son adecuados sus métodos de investigación? ¿Qué es mejor: pensar con la razón, como un matemático, o con el corazón, como un poeta?

La esencia de estas preguntas se va desgranando a lo largo de esta truculenta historia sobre el robo de un carta. Intrigas políticas y alta sociedad, un ministro ladrón y un policía incansable... pero, por encima de todos, el sorprendente personaje de Chevalier Auguste Dupin, un investigador que sabe razonar con una lógica distinta.

Y es que, a veces, sólo si somos capaces de pensar diferente de los demás lograremos encontrar lo que estamos buscando.

A mi Gran abuelo Juan, que sin quererlo me enseñó tantas
y
tantas cosas, y a mi abuelo Evilasio, que me enseñó otras
tantas.

ROSA MOYA

A mi madre

ROGER OLMOS

Querido lector:

El libro que tienes entre las manos es un relato contado por mí. Vivo en París y soy amigo cercano de Chevalier Auguste Dupin, el primer detective de ficción, creado por el escritor Edgar Allan Poe. De mí poco más puedo decir, así lo quiso el señor Poe, aunque me gustaría añadir que soy un narrador anónimo, pero siempre objetivo y fiel a la historia que relato.

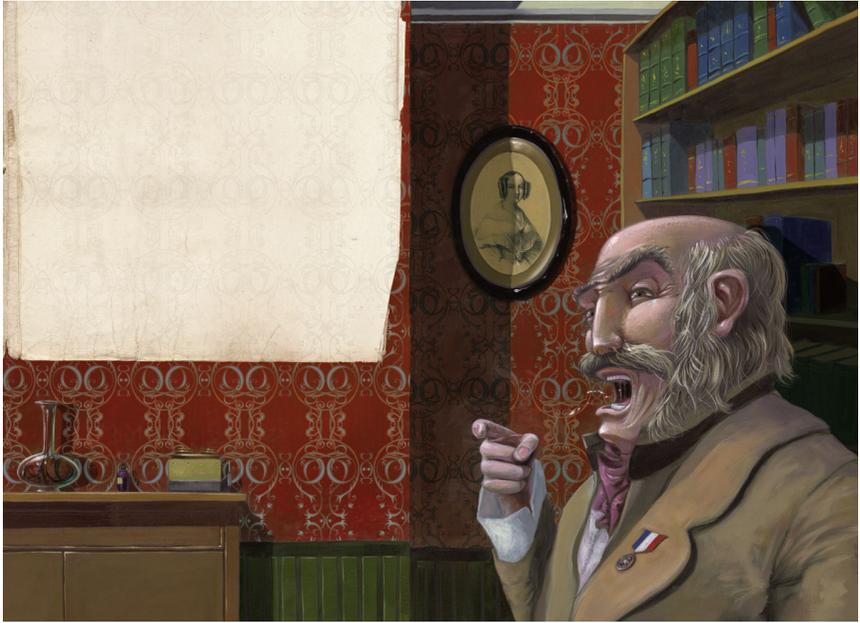
El caso de la carta robada sucedió hace mucho, muchísimo tiempo, allá por el siglo XIX. El asunto involucró a personas de la más alta posición social, de ahí que me vi en la obligación de utilizar términos como «el ministro D...», «el gobernador G...», «la persona a quien fue robada la carta», «una tercera persona», «una dama», etc. para mantener en secreto su identidad. Si se descubría quiénes eran en realidad, se hubiera puesto en peligro el honor de una persona importantísima dentro de la monarquía francesa.

El gobernador de la policía de París acudió al gran detective Dupin para que le ayudara a resolver el misterio. Con su método de investigación, basado en ponerse en la mente del delincuente, y combinando la observación con la lógica y la imaginación, sin olvidar el análisis, Dupin encontró la carta robada. Te confieso que soy un admirador incondicional del detective. A lo largo de su vida, le he visto resolver casos increíblemente complicados. No es de ex-

trañar que, con el tiempo, Dupin sirviera de inspiración para otros investigadores, como el famoso Sherlock Holmes o Hércules Poirot. Puedo afirmar, sin miedo a equivocarme, que éstos deben su existencia a Dupin, algo de lo que me alegro enormemente.

Estoy seguro de que eres un ávido lector y que, pese a los personajes anónimos y la complicación del caso, seguirás perfectamente el hilo de esta historia. Espero que te guste tanto como a mí y, por supuesto, que te sorprenda.

¡Feliz lectura!



Me encontraba en París... Al anochecer, después de

una tarde ventosa, disfrutaba del placer de la meditación y de una pipa de espuma de mar en compañía de mi amigo Chevalier Auguste Dupin. Estábamos en su biblioteca del n.º 33 de la *rue Dunot*, en el barrio de Saint Germain, cuando la puerta se abrió y apareció monsieur G..., el gobernador de la policía. Venía a pedirle consejo a mi amigo Dupin sobre un asunto oficial que había levantado mucho revuelo.

—Es un caso muy simple, pero a la vez muy extraño —aseguró el gobernador—. Todos estamos confundidos y perplejos.

—Quizá el misterio sea demasiado sencillo —observó Dupin.

—¡Pero qué está diciendo! —repuso el gobernador, riendo a carcajadas.

—Demasiado evidente... —apuntó de nuevo Dupin.

—¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! —reía el gobernador.

—Y bien, ¿de qué se trata? —pregunté impaciente.



—Se trata del robo de una importantísima carta —contestó el gobernador—. Sabemos quién la ha robado, pero no dónde la ha escondido. Si esta carta cayera en manos de cierta persona, cuyo nombre hay que mantener en el anonimato, se vería cuestionado el honor de una dama de la más alta posición, lo que supondría una gran tragedia. El ladrón —aclaró— es el ministro D... Verán, la persona a quien fue robada la carta la había recibido cuando se encontraba a solas en la habitación real. Mientras la leía entró otra persona, por lo que intentó esconderla apresuradamente en un cajón, aunque sin éxito. La carta quedó abierta sobre una mesa. En ese momento apareció también el ministro D...

—Es decir, que tenemos a tres personas reunidas en la misma habitación —interrumpí.

—Efectivamente —contestó el gobernador, arqueando una ceja—. El ministro vio la carta —continuó—, reconoció la letra y, observando la confusión de la persona que la había recibido, adivinó su secreto.

—¿Y cuál es el secreto, gobernador? —pregunté sin rodeos.

—Lo único que puedo decir es que si se descubre esta carta correrá peligro la mismísima monarquía francesa —caraspeó el gobernador—. Y ahora, si me lo permite, les contaré qué hizo el ministro —añadió, algo molesto.

—Por favor, prosiga —intervino Dupin mirándome de reojo.



—Después de tratar algunos asuntos, el ministro sacó una carta parecida, fingió leerla y la colocó junto a la otra, sobre la mesa. Al despedirse, tomó la carta que no era suya. La persona a quien pertenecía la carta lo vio, pero no hizo nada debido a la presencia del otro personaje, el que había entrado mientras la leía, y al temor de ser descubierta. En los últimos meses la carta ha sido usada con fines políticos, y de una manera sumamente peligrosa, de modo que la persona a quien se la robaron acudió a mí para que la recuperase. Para empezar registré la mansión del ministro. Conocía sus costumbres y esto me otorgaba una gran ventaja. A menudo pasa la noche fuera de su casa. Los sirvientes no son muchos y duermen lejos de su amo. Como saben, poseo llaves que pueden abrir cualquier puerta de París. Durante estos tres meses me he dedicado noche tras noche a registrar la casa de D... Mi honor está en juego y la recompensa que me ofrecen es muy generosa. Por eso no he abandonado la búsqueda hasta convencerme del todo de que el ladrón es más astuto que yo.



—¿Podemos descartar que el ministro lleve la carta encima? —pregunté.

—Completamente —dijo el gobernador—. He ordenado asaltarlo dos veces por falsos atracadores y he visto cómo lo registraban.

—Podía haberse ahorrado ese trabajo —aseguró mi amigo Dupin—. Imagino que D... no es un insensato y con toda seguridad habrá deducido que esos atracos eran falsos.

—Puede que no sea un perfecto insensato —dijo G... —, pero es un poeta, lo que en mi opinión viene a ser lo mismo.

—¿Por qué no nos detalla su investigación? —pregunté.

—Pues bien, revisé la mansión, habitación por habitación. Primero examiné los muebles: abrimos todos los cajones. Luego las sillas. También atravesamos los cojines con finas y largas agujas. Levantamos las tablas de las mesas porque, a menudo, cuando una persona desea esconder algo levanta la tapa de una mesa, hace un agujero en la pata, esconde el objeto y vuelve a poner la tapa en su sitio. Examinamos además los travesaños de las sillas y las juntas de todos los muebles, con una lupa de grandes dimensiones. Cualquier indicio de manipulación nos habría saltado a la vista.

—Supongo que miraron en los espejos, en las camas, las cortinas y las alfombras.

